

Historia de dos líderes

La relación entre Abraham Lincoln y Karl Marx, levantada en torno al esclavismo, se analiza en un ensayo que incluye textos de ambas personalidades del XIX

ENSAYO

**GERARDO
ELORRIAGA**



Lincoln podría ganar el próximo Oscar al mejor actor. Daniel Day Lewis, el protagonista de la última película en torno al presidente estadounidense, es el máximo favorito para ganar el galardón en la gala que tendrá lugar el próximo día 24. La figura del estadista ha sido un motivo recurrente en el cine, ya sea por la trascendencia política, las misteriosas circunstancias de su asesinato o por interpretaciones tan bizarras como la que le retrató como un cazador de vampiros. La literatura también ha aportado numerosos estudios del vencedor de la Guerra de Secesión y responsable de la Proclama de la Emancipación, la medida que dio lugar a la liberación de los esclavos. La última obra publicada en España aborda su relación con otra personalidad del siglo XIX, 'Lincoln & Marx'. Guerra y Emancipación' (Capitán Swing Libros) parte de la sucinta relación entre los dos individuos para analizar la aportación del dirigente, su legado político y la relación del ideólogo socialista con ese periodo de la historia norteamericana.

El apoyo al Norte en su lucha contra los estados alzados constituye el principal vínculo entre dos sujetos en principio destinados a convertirse en antagonistas. Abraham Lincoln pertenecía al Partido Republicano y era un ferviente defensor del capitalismo, mientras que Karl Marx está considerado el padre del co-

nunismo moderno. El ensayo analiza los vínculos entre ambos a la luz de la guerra civil y su diferente posición al respecto. El cosmopolitismo de ambos es el argumento esgrimido por Andrés de Francisco. A su juicio, convergen en un postulado tan esencial, y universal como la defensa de la condición humana de la población negra y su determinación para anteponer su libertad frente a los derechos a la propiedad y el autogobierno democrático de la Confederación.

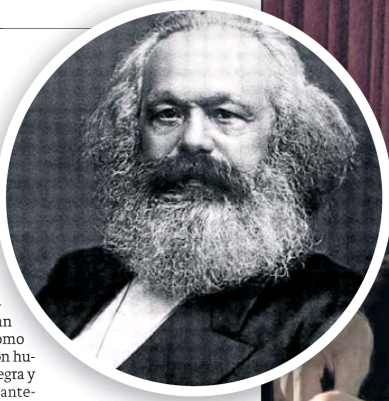
Los principios morales aparecen en el eje de la contienda. Las interpretaciones económicas, vinculadas a meros intereses arancelarios, dejan paso a una visión más ambiciosa que advierte de la existencia de dos contrapuestos sistemas de vida, uno basado en el trabajo libre y otro en el esclavismo, germen, además, de sendos nacionalismos con carácter expansivo. La convivencia resultaba imposible, según el historiador Robin Blackburn. El sur precisaba desgajarse del norte, donde el abolicionismo se convertía en un peligroso movimiento de masas y la Administración federal, un poderoso elemento de injerencia v control.

El hombre que escribió que «este es un mundo de compensaciones, y el que no quiere ser esclavo, debe consentir en no tener esclavos. Aquellos que niegan a otros la libertad, no la merecen para sí mismos, y ante un Dios justo, no la podrán disfrutar por

mucho tiempo», no fue un sujeto de convicciones inamovibles. La obra nos desvela que los postulados de Lincoln evolucionaron desde posturas sumamente moderadas, un tanto tibias con la causa contraria a la explotación, a su defensa apasionada que no excluía la búsqueda de réditos políticos.

El dominio como fin

El fin del dominio del individuo por el individuo se convierte en el foco central de la lucha, pero no desde las primeras fase de la guerra. En ese periodo, el dirigente incluso buscó una amplia alianza que incluíra a los propietarios esclavistas de los Estados fronterizos con la Unión, aunque el objetivo humanista pronto adquirió preponderancia y dio lugar a una agenda abolicionista, también sumamente atractiva para concitar el apoyo exterior. Sin embargo, no hay que olvidar que Lincoln se mantenía fiel a la legalidad constitucionalista y rechazó públicamente la concesión del derecho al voto puesto que consideraba a los negros extraños dentro del país, a los que había que invitar a buscar su propio territorio en África o el Caribe. Tan solo en los últimos años de su vida abandonó aquellas tesis y asumió definitivamente la idea de empoderarlos para equipararlos al resto de la población.



Daniel Day Lewis, caracterizado como 'Lincoln' en el filme. A la izquierda, retrato de Marx.

Por su parte, la influencia marxista, siquiera indirecta, aparece más relevante de lo que puede parecer. La llegada de emigrantes alemanes, muchos huidos tras la Revolución de 1848, tiene un considerable reflejo en el estado del pensamiento en el norte del país. Su espíritu progresista concitó con las corrientes abolicionistas radicales y miles de europeos participaron en el Ejército accediendo a cargos de influencia en el Estado Mayor. El redactor de *El Capital* mantuvo una intensa correspondencia con estos exiliados, res-

ponsables también del impulso de las organizaciones socialistas y obreras, particularmente activas tras la paz en un proceso de lucha paralelo al que tenía lugar en Europa.

El libro relata el seguimiento estrecho que Marx llevó a cabo de los hechos de armas y el incremento de la estima por Lincoln producida tras la Proclama de la Emancipación. Evidentemente, hay una lectura ideológica que entendía el proceso norteamericano como una oportunidad única para la lucha de clases. La carta que le dirigió con ocasión de su reelección en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) menciona esa nueva era en la que blancos y negros pudieran alcanzar la libertad de la labor asalariada, mientras que la respuesta, sumamente prudente, se centra en el asunto de la esclavitud.

La emancipación no supuso el punto de partida para la revolución esperada y los acontecimientos posteriores, como la negación del voto o la falta de educación de la minoría libre, defraudaron aquellas ex-

pectativas. Sin embargo, el proceso influyó en la evolución del discurso marxista, tal y como desvelan sus textos para el Manifiesto Inaugural de la AIT en el que asume el concepto de emancipación y lo aplicaba a la clase trabajadora, pero no como un favor concedido tal y como sucedió en Estados Unidos, sino entendiéndola como una liberación de la que era su propio agente.

El apoyo público de Marx y sus seguidores a Lincoln no era ciego. Los textos evidencian respeto pero también la relación entre sus propósitos emancipadores y la estrategia bélica. Curiosamente, tras su muerte, la organización socialista envió una carta al presidente Andrew Johnson que transformaba la excesiva prudencia criticada en textos anteriores en una cualidad del político de metas a largo plazo: «Ahora han descubierto por fin que era un hombre que ni se dejaba intimidar por la adversidad ni intoxicar por el éxito, que inflexiblemente se concentraba en perseguir su gran meta, sin comprometerla jamás por la ciega prisa...»